entre PALURDAS y BELLOTAS

Sierra de Gibalbín

Abril 2013

diseño e idea original de Carlos **SOTO**

Sierra de Gibalbín

Marzo 2013

– La Guillena, ¿me oye?, ...La Guillena, ¿me oye? – dije a la vez que apretaba con el pulgar el botón de la emisora de radio.

– Sí, oficina, le oigo, …cambio – contestó Antonio, el "aperaó".

– El tratante de ganado estará mañana por ahí por La Guillena, así que habrá que apartar los chotos, ...que Don Felipe no puede ir y me ha tocado a mí, …que me iré tempranito, …cambio. – le comenté a Antonio por la emisora, única forma de contactar con la finca.

– Vale, Carlos. Lo tendré todo preparado, …cambio y corto.

Y a la mañana siguiente, fría como pocas, allí que conducía aquel destartalado Land Rover con mi recién estrenado carné de conducir camino de la Guillena. Dejaba atrás El Cuervo y enfilaba el interminable carril camino del Cortijo de El Cubo. En mi mente pocas preocupaciones, de hecho,…ni siquiera sabía si la palabra "hipoteca" se escribía con "h" o sin "h".

…Qué tiempos aquellos, y es que han pasado casi treinta años desde aquel entonces. Todo esto se me viene a la mente ahora que vuelvo a recorrer de nuevo este interminable carril hacia la Sierra de Gibalbín.

Ahora no voy a acordar una venta de ganado con un tratante, ni mucho menos. En esta ocasión los motivos son bien distintos. José Manuel me ha invitado a un evento que organizan conjuntamente Arbonaida, el Ateneo Cultural del Cuervo, y la Asociación Ambiental Laguna de los Tollos. Obtenidos los preceptivos permisos de la propiedad se trata de acceder a tres fincas privadas en la Sierra de Gibalbín con un objetivo: conocer el patrimonio que atesoran estos inaccesibles lugares. Una inaccesibilidad que no la marca la topografía del terreno, por supuesto.

Una larga y educada hilera de coches enfiló el carril que

nos llevaría al cortijo de la Guillena. Dejamos atrás el cortijo de El Cubo y pronto nos adentramos por los empinados y maltrechos carriles de la finca. Desde un pequeño collado vi cómo el camino subía por una empinada ladera poblada de acebuches, aquella cuesta me era conocida. De hecho recuerdo cómo la bajábamos con el Land Rover largo atestado de ruidosas cántaras de leche.

...Qué tiempos aquellos.

En un abrir y cerrar de ojos llegamos al cortijo, y allí estaba tal y como lo recordaba: La ventana de la oficinita donde pagaba la nómina,...la vivienda del "aperaó",...la casa de máquinas,...la estancia donde estuvo la sala de ordeño,…eché en falta el "encerrao" y el muelle donde se apartaban los chotos.

Y se me vinieron a la mente, de nuevo, aquellas vivencias de hace casi treinta años. El hijo del "encargao" metía los encandalosos chotos de dos en dos en el saco de tela, Antonio lo colgaba en el gancho de la romana y después desplazaba los contrapesos a izquierda y derecha hasta conseguir el equilibrio. Todos mirábamos el peso marcado y anotábamos la cantidad, yo en mi pulcra libreta y el tratante en su más que manoseado cuaderno, ya más tarde llegaría el momento del trato y de hacer coincidir las cantidades anotadas, ardua tarea.

...Qué tiempos aquellos.

Llegó la hilera de coches hasta una explanada detrás del cortijo, junto a la casa de máquinas. Aparcamos, nos bajamos y trasteamos en los maleteros buscando mochilas, cámaras, prismáticos y bastones. El que hacía las veces de guía del numeroso grupo dio unas breves instrucciones y a continuación iniciamos el sendero.

Acometimos la subida por aquella empinada ladera que nos hizo calentar motores más pronto de lo esperado. El sendero discurría a la sombra de un bosque de acebuches, algunos de ellos de considerable porte. Aquel paraje se le conocía como La Mesa.

Abandonamos la floresta y salimos a un collado totalmente desprovisto de vegetación arbórea y arbustiva, antes de sortear una cancela José Manuel disertó acerca del tipo

de vegetación del bosque que acabábamos de cruzar y de las joyas botánicas que atesoraba, Iñigo hizo lo propio acerca de los arácnidos del entorno. Tras las breves charlas reanudamos el sendero.

A nuestra izquierda la impresionante depresión del Guadalquivir salpicada de blancos pueblos, aldeas y cortijos. A la derecha divisamos la cota más alta de la sierra, en su cima se situaba el Castillo de Gibalbín, nuestro siguiente objetivo.

El sendero atravesó una pedregosa besana que rompería gradas y aperos de labranza haciendo las "delicias" de tractoristas, manijeros y encargado. Bajamos suaves lomas y subimos empinadas cuestas por unas tierras casi sin barro y completamente llenas de pequeñas piedras. En este lugar algarrobos, encinas, acebuches, lentiscos y coscojas delimitaban campos de cultivo y barbechos.

Llegamos a un punto elevado desde donde se oteaban unas vistas impresionantes, éste fue el lugar elegido por Agustín para deleitarnos con unas breves nociones históricas y geográficas de aquel hermoso paisaje que teníamos ante nosotros.

Tras la charla retomamos el sendero hasta llegar a la fortaleza almohade, y accedimos a su interior. Una enorme torre resquebrajada y semiderruida se erigía en el centro del recinto amurallado. Unas murallas muy erosionadas de poca altura delimitaban todo el perímetro.

Desde lo alto del lienzo de una de ellas Agustín disertó de la otrora importancia estratégica de esta fortaleza y de las de los alrededores. Conectadas visualmente y mediante el uso de hogueras por la noche y de humo por el día alertaban de invasiones, razzias y escaramuzas.

Impresionantes llanuras salpicadas de campos de cultivos, bosques y sierras de poca altura, enormes extensiones delimitadas al Este por la inconfundible silueta de nuestra Sierra de Grazalema.

Iniciamos la bajada por la otra vertiente y llegamos al cortijo de la Mazmorra. Aquí los guardas nos abrieron las puertas del cortijo y en su patio interior se leyó un interesante texto con reseñas históricas del lugar donde nos encontrábamos.

Después de la exposición, salimos del cortijo y seguimos el carril para adentrarnos aún más en la finca.

Y por fin llegó el plato fuerte del día, accedimos a un lugar donde se asentaban los restos de lo que fue una fastuosa ciudad romana, incluso los arqueólogos e historiadores del grupo se quedaron perplejos ante la importancia de aquel yacimiento. Restos de lo que fueron enormes construcciones surgían en aquella ladera. Además, el suelo aparecía salpicado de pequeñas piezas de cerámica de distintos períodos y culturas.

A la vista de aquellos restos diseminados, Germán, arqueólogo de dilatada experiencia, y otros historiadores del Centro de estudios Históricos de Jerez comenzaron a elucubrar y recrearon de forma magistral lo que, a su parecer, teníamos ante nosotros. Llegaron a la conclusión de que estábamos ante lo que podría haber sido un símbolo de ostentación de los habitantes de aquella ciudad.

A modo de escaparate, los romanos habrían construido en aquella ladera con la única intención de asombrar a todo aquél que accedía a la ciudad desde esa vertiente. Construcciones ciclópeas salpicadas de fuentes, termas y jardines que serían la antesala de la ciudad, localizada tras la loma en la que nos encontrábamos. Una ciudad romana a la que no osaron siquiera ponerle nombre.

Tras las interesantes y más que enriquecedoras nociones de Historia Antigua retomamos el sendero. El calor apretaba y continuamos ladera abajo hasta llegar a la Fuente

de las Tenerías, de agua fresca y cristalina. Allí, a la tenue sombra de un casi desnudo sauce llorón, unas mesas aparecían dispuestas y llenas de frescos caldos y apetitosas viandas. Y nada más llegar, el maestro de ceremonias y artífice de todo aquel "banquete" me ofreció una cerveza bien fría, muy de agradecer. Mientras daba un trago que me refrescó el gaznate, este buen hombre me preparó, más pronto que "ojú", un plato de "papas aliñás" como no las había saboreado antes, y un tomatito cortado en rodajas que...

Y allí echamos un buen rato entre risas, charlas y verborrea reponiendo fuerzas en buena compañía. Después de un postre a base de fresones con chocolate y leche condensada, de tomarnos un café y de hacernos la foto de rigor todos los componentes de la "expedición", retomamos el sendero. José Manuel, Pepe y yo atajamos por una empinada ladera salpicada de Anemone palmata.

Llegamos al carril y acometimos la subida hasta el cortijo. El calor apretaba y el andar se hizo algo pesado. Poco a poco fuimos ganando altura y, casi sin darnos cuenta, dejamos atrás el cortijo de la Mazmorra. Continuamos subiendo y el Castillo de Gibalbín quedó a nuestra derecha entre la floresta.

Y allí abajo, por fin, oteamos el cortijo de La Guillena, nuestro destino. El grupo se había estirado sobremanera por el sendero que discurría por aquellas suaves y pedregosas lomas.

Comenzamos a cruzar el cerro de La Mesa, oímos el canto del Pito real y José Manuel, Iñigo y yo nos adentramos en el bosque. José Manuel nos mostró los agujeros de este bello pájaro carpintero en los troncos de algarrobos y acebuches. Tan numerosos y próximos que Íñigo dudó de que se trataran de auténticos nidos.

Tan ensimismados estábamos con nuestras "tonterías" que nos rezagamos, tanto como que cuando llegamos al cortijo, donde estaban los coches aparcados, muchos componentes de la "expedición" ya se habían ido.

Otra vez en el cortijo, pantallazos de imágenes del pasado me vinieron a la mente, momentos y vivencias que ya no volverían. Recuerdo aquella ocasión junto a la casa de máquinas cuando Antonio, el "aperaó", me dijo:

– Carlos,...este caballo es el mejor de toda la provincia de "Jeré" – refiriéndose al dócil animal castaño oscuro que tenía atado a la argolla de la pared y que montaba para recorrer las lindes de la finca.

…Qué tiempos aquellos. Al redactar esta crónica me embarga la nostalgia,…qué recuerdos,...la mayoría agradables. A Antonio, natural de Puerto Serrano, le perdí la pista hace mucho, por aquel entonces tendría casi sesenta años,...

– La Guillena, ¿me oye?... La Guillena, ¿me oye? – sonó estrepitosamente la emisora de radio en el patio del cortijo.

Todo este contenido lo tenéis a vuestra disposición en MI WEB PERSONAL de una forma más dinámica e interactiva.

Espero que os guste,...nos vemos en la próxima